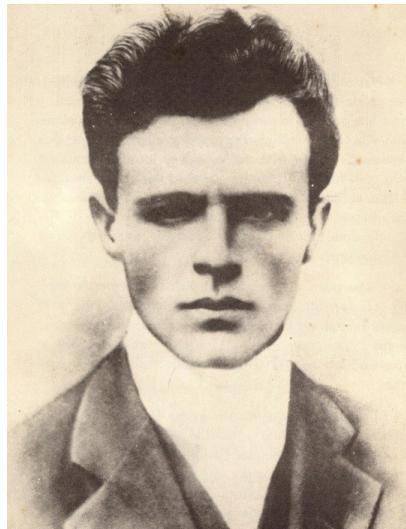


JOSÉ P. H. HERNÁNDEZ

(Hatillo, 1892-Río Grande, 1922). José Polonio Hernández Hernández, mejor conocido como P. H. Hernández, poeta y músico –bombardino–, estudió inglés, francés, latín y griego (con el también poeta P. Juan Rivera Viera). Se inicia como poeta cuando asiste a las tertulias de Luis Lloréns Torres y Evaristo Ribera Chevremont.

Fue en esos círculos que se comenzó a conocer como “Peache”, derivado de sus iniciales de Polonio Hernández: P. H. Estudió, además, farmacia y en 1912 obtiene su licencia de farmacéutico; pasa a ocupar un puesto en Corozal. Luego, es nombrado director escolar de música en su pueblo. Se casa con doña Carmen Sánchez y se muda a Río Grande, donde funge como cirujano menor regente de la farmacia municipal. Enfermo de tisis, muere muy joven. Su obra: *Coplas de la vereda* (1919), con prólogo de Luis Dalta (Pedro Sierra), folleto de 34 poemas; *El último combate* (1921), veintisiete poemas con prólogo del Padre Rivera, publicado por *La Democracia*; *El páramo de los petreles*, que llevaría prólogo del poeta español



Francisco Villaespesa. Este se llevó a España la única copia mecanografiada de ese libro que existía. Nada volvió a saberse de él. *Cantos de la sierra* (1925), con un prólogo del poeta Carlos N. Carreras, fue una publicación de *Puerto Rico Ilustrado*, sin autorización de la viuda.¹ Para Carreras, “Hernández ha sido el poeta más poeta de mi generación que ha dado Puerto Rico en los últimos diez años”². La mayor parte de la obra de Peache se ha perdido; mucha continúa dispersa en periódicos y revistas. La Editorial Coquí, dirigida por Emilio M. Colón, dio en 1966 a la imprenta dos volúmenes de la obra de Peache: un primer tomo con los poemas ya publicados anteriormente, y un segundo volumen con papeles inéditos

¹ La mayor parte de la información que he suministrado aquí procede de Moisés Tirado, “P. H. Hernández, poeta del dolor”, *Revista Iberoamericana*, año XX, número 40, 1955; pp. 301-310.

² Carlos N. Carreras, “Prólogo”, José P. H. Hernández, *Cantos de la sierra*, San Juan, Editorial Puerto Rico Ilustrado, 1925; p. III.

y fragmentos publicados en periódicos y revistas.³ Sin embargo, no se especifica el periódico o la revista donde se publicaron. No obstante, con un sólo poema, “A unos ojos astrales”, se granjeó la eterna inclusión en todas las antologías posibles de la poesía puertorriqueña. M.A.N.

Cosas muertas

Para mi maestro R. del Valle Sárraga

Yo adoro tu tristeza vespertina
que el corazón me llena de una rara
sensación de piedad: mi alma ilumina
tu corazón nocturno y lo adivina,
como una grano de luz que germinara.

En un rincón del último retiro
(el más feliz tal vez) que el hombre tiene,
sobre una tumba frágil que yo miro...
como un claro de luna hecho suspiro,
tu lánguido suspiro se detiene.

Un corazón de madre es la armonía
toda del universo aprisionada
en un arpa de luz que se vacía
a cada instante en áurea sinfonía
de amor sublime y de piedad sagrada.

Yo te he visto llorar a tu hijo muerto
y llevarle a la tumba florecillas
y vagar en redor con paso incierto,
como una mariposa por un huerto,
y caer en el suelo de rodillas.

Y ha sido a la caída de la tarde,
bajo esa hora de misterio insonde

³ Ver, “José P. H. Hernández: Publican *Obra poética* de Peache”, *El Mundo*, 29 de enero de 1966.

en que enarbola el sol su último alarde,
y el alma que es vencida y es cobarde
en la corola de una flor se esconde.

Hora de la oración que desentierra
todo el perfume grave de misterio
que vaga por el seno de la tierra,
hora que nos arrastra y nos encierra
en una paz glacial de monasterio.

Y he llorado contigo: y he llorado
de un cementerio a las cerradas puertas,
–el alma por alfombra– arrodillado
en frente a la penumbra de un pasado:
¡porque yo también tengo cosas muertas!

...Corazón: cementerio: amada mía:
cementerio que guardas los despojos
de aquel pálido amor –ya se va el día–
¡abre tus puertas que tu amante ansía
en vez de flores, derramar sus ojos!⁴

Las alilailas

Son novias perfumadas, vírgenes de otra edad;
Son novias que murieron nostálgicas de amor
A la luz del crepúsculo de mística piedad,
Engullendo la anemia de un pálido fulgor.

Son novias olvidadas, vírgenes melancólicas,
Que ocultaron dolientes sus violáceas pupilas,
Bebiéndose los ecos de canciones tranquilas,
Brotadas del cordaje de las arpas eólicas.

⁴ José P. H. Hernández, “Cosas muertas”, *Puerto Rico Ilustrado*, año IV, número 152, 25 de enero de 1913; p. 37.